





**TEXTO DEL DISCURSO
PRONUNCIADO POR
S. E. EL PRESIDENTE
DE LA REPUBLICA,
DON EDUARDO FREI
MONTALVA,
EN EL ACTO POPULAR
REALIZADO EN LA PLAZA
BOLIVAR, DE BOGOTA,
COLOMBIA.**

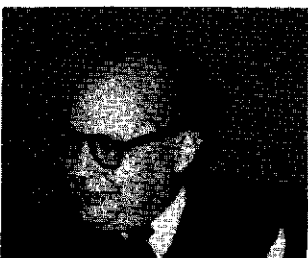
16 DE AGOSTO DE 1966.



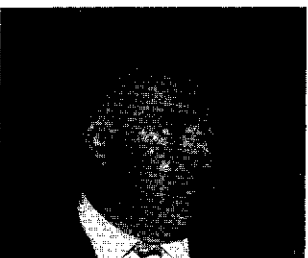
**EDUARDO FREI MONTALVA,
PRESIDENTE DE CHILE.**



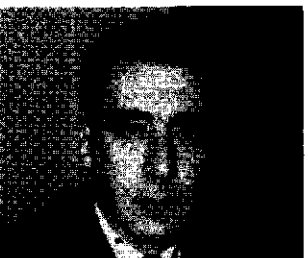
**RAUL LEONI OTERO,
PRESIDENTE DE VENEZUELA.**



**CARLOS LLERAS RESTREPO,
PRESIDENTE DE COLOMBIA.**



**GALO PLAZA LASSO,
REPRESENTANTE DEL
PRESIDENTE DE ECUADOR**



**FERNANDO SCHWALB L. A.,
REPRESENTANTE DEL
PRESIDENTE DE PERU**

Excelentísimos señores;
Pueblos de Colombia y de América:



Nos hemos reunido en Bogotá tres Presidentes elegidos por los pueblos de Venezuela, de Colombia y de Chile, y los delegados de los Mandatarios del Ecuador y del Perú.

Esta cita histórica adquiere su verdadero significado por la presencia del pueblo en esta plaza, que simboliza la presencia de todos nuestros pueblos de la América Latina.

Elegidos libremente por ellos, necesitábamos expresar nuestras ideas ante los hombres y mujeres de Colombia como testigos de América, porque nuestro trabajo, nuestros anhelos y nuestra acción no tienen significado sino en la medida que interpretan el pensamiento y las aspiraciones de las naciones que representamos.

El mundo de hoy asiste a un proceso de cambios sin precedentes, cuyo significado, a veces, se escapa a nosotros mismos, y desborda muchos conceptos clásicos que han alimentado las posiciones tanto de hombres de derecha como de extrema izquierda que se inspiran con frecuencia en esquemas ya envejecidos.

La ciencia y la tecnología están creando las bases de una nueva sociedad cuyas posibilidades en el presente inmediato y en el próximo futuro son difíciles de medir.

La inteligencia humana camina hacia el dominio del mundo físico y del espacio; ha destruido barreras milenarias y ha permitido que surjan nuevas condiciones para la existencia de millones de hombres que aspiran no sólo a un nivel de vida compatible con su dignidad, sino que exigen Gobiernos capaces de aprovechar el dominio de estas fuerzas para responder a sus viejas esperanzas de liberación.

Vivimos en un mundo que busca la libertad, el conocimiento, el bienestar, y que se organiza para el consumo de masas; un mundo que camina rápidamente hacia su integración y en el cual se forman vastos conglomerados cuyo extenso poder hace posible el aprovechamiento intensivo de sus recursos humanos y de sus recursos naturales.

Estas concentraciones de poder acarrear inevitablemente para quienes las integran los privilegios del saber y del poder: ellos son los rectores del mundo, organizan el comercio internacional y dictan las condiciones de la paz y de la vida.

Los pueblos divididos, en vez de crecer, se empequeñecen. Ya no son su-

jetos de la historia, son objetos de las decisiones que otros adoptan sin su presencia y sin su acuerdo.

América Latina, con una historia común en su descubrimiento, formación e independencia; con un lenguaje común, y reconociendo iguales valores éticos y culturales e idénticas aspiraciones básicas —digámoslo con franqueza—, permanece dividida, frustrada, disminuida.

Divididos, aprovechamos mal nuestros incalculables recursos naturales. Divididos, malgastamos nuestras grandes reservas y capacidades humanas. Vivimos del subproducto de la investigación y de la técnica que otros descubren y elaboran, y mantenemos a nuestros pueblos en el subdesarrollo que se traduce en miseria, en angustia, en desempleo, en ignorancia y, como consecuencia, en inestabilidad económica y política.

Siendo el continente más joven, actuamos sin audacia y sin imaginación. Divididos, a menudo por susceptibilidades; arrinconados en el reducido círculo de nuestras querellas, hemos sido incapaces de crear el ámbito humano que corresponda a la grandeza de nuestra geografía.

Todo es majestuoso en nuestras tierras: el espacio, los llanos, la selva y la montaña. Dilatadas son nuestras costas ante los anchos océanos, caudalosos nuestros ríos; pero frente a ello nuestra vida política, social y económica aparece disminuida, porque no hemos creado las condiciones para que los hombres tomen la estatura y la dimensión proporcionadas al continente que Dios nos entregó.

Hoy estamos reunidos para intentar una respuesta.

¿Qué nos mueve a juntarnos aquí en Bogotá?

Nos mueve el deseo de unir y no de dividir. A nadie excluimos, a todos llamamos.

Nuestra entrevista es el comienzo de un trabajo en el cual queremos ver a todos los Gobiernos y a todos los pueblos de nuestra América Latina sin recelos, sin divisiones, sin suspicacias.

¿Para qué nos reunimos?

Nos reunimos para crear la amplitud de los mercados necesarios para darle a nuestro desarrollo económico la velocidad requerida por la actividad del hombre en este siglo y en esta hora.

Sin esas condiciones —no nos engañemos— no podremos crear el desarrollo industrial suficiente para que la inteligencia de nuestros millones de trabajadores pueda alcanzar el nivel de alta eficiencia y capacitación profesional



que hace respetable y fuerte la vida de multitudes de hombres que laboran en los países más avanzados de la tierra.

¿Para qué nos reunimos?

Para evitar que nuestros esfuerzos se sigan malgastando en compartimentos estancos, y para no reproducir en este siglo los errores de pasados nacionalismos sin destino que detuvieron el progreso de nuestras patrias.

Unidas nuestras patrias podrán realizarse más intensamente, no se debilitará el sentimiento de amor de cada uno hacia su propia tierra, pero unidos podremos crecer hacia lo ancho y también hacia lo alto: donde crecen las patrias que aman la paz y la libertad.

¿Por qué nos reunimos?

Nos reunimos porque queremos ver surgir en nuestras naciones un común esfuerzo creador en los campos de la investigación científica y de sus aplicaciones tecnológicas, lo que no será posible sin una ancha base que permita sostener los institutos de alto nivel capaces de alimentar nuestra acción y dar oportunidad a nuestras juventudes.

Nunca como hoy el saber es símbolo de poder y progreso, y los nuevos conocimientos llegan a constituir la más grande aventura humana. Pero esta aventura exige, para ser posible, juntar —como dijo el poeta— todos los brazos en un brazo solo y todos los gritos en un grito solo para derribar la noche.

Nos reunimos porque queremos ver los más avanzados procesos de desarrollo económico en nuestros países; nos reunimos, para reafirmar nuestra convicción en la necesidad de una auténtica reforma agraria que dé tierra y propiedad —como lo dijera Lleras, como lo dijera Leoni— a millones de campesinos, para convertir a millones de hombres postergados en consumidores y ciudadanos.

¿Para qué nos reunimos?

Para que nuestros países destierren el analfabetismo y para que nuestros hijos, sin distinciones, vean abiertas las puertas de educación media, técnica y universitaria, sin otro límite y otro privilegio que el que nace del esfuerzo y del talento.

¿Para qué nos reunimos?

Para que este continente de más de 200 millones de hombres, que tiene el más alto y más rápido crecimiento mundial, o sea, un continente joven, poblado de juventudes —tal vez más de 100 millones de nuestros habitantes tengan menos de 21 años—, ve abrirse la posibilidad de construir una nueva existencia en una nueva sociedad.

¿Por qué nos reunimos?

En una palabra, porque queremos que desaparezcan desigualdades injustas e irritantes. Para que haya menos distancia entre el rico y el pobre; para que exista la igualdad en las oportunidades; para que desaparezca la diferencia entre los que tienen trabajo y los que viven en el desempleo y en la inseguridad, de los que viven en grandes centros urbanos modernos y los que desamparados luchan en la soledad y el abandono. Y nos unimos, sobre todo, pueblos de Colombia y pueblos de América, porque queremos defender la libertad, bien inapreciable que tenemos la obligación no sólo de preservar, sino de afirmar y defender. Nos reunimos porque creemos que la ley vale más que el capricho, porque estamos ciertos que el pueblo organizado que se expresa a través de procesos democráticos auténticos es el único que tiene derecho a elegir sus gobernantes, y que los gobernantes elegidos por estos pueblos son los que tienen derecho a mandar dentro del cuadro jurídico que les señala sus deberes y sus responsabilidades. Pero esta libertad y esta expresión democrática y este orden jurídico sólo serán posibles en la medida que expresen al pueblo organizado no sólo en la vida política, sino en la familia, que es la base social, en la región, en el Municipio, en la



cooperativa, en el sindicato, y que este pueblo no solamente concurra a un acto electoral cada tantos años, sino que tenga una participación plena y responsable en la vida de nuestras Patrias.

Todo nuestro esfuerzo está destinado a servir al hombre.

Esta democracia tendrá pleno vigor en la medida que los pueblos sientan que no es únicamente la expresión formal y arcaica de valores verbales, sino que se traduce en eficiencia, en nivel de vida, en justicia, en una palabra, en dignidad de vivir.

Nuestra gran batalla, amigos míos de Colombia, nuestra gran batalla es derrotar la miseria, la ignorancia y el odio, y anular a los hombres que alimentan su vida explotando la miseria y la ignorancia o se convierten en los portavoces internacionales de la violencia, del odio y la sangre, y que perturban la paz de nuestra América.

Esta es nuestra tarea para hacer una América Latina unida; para crear entre las dos Américas una relación de amistad y cooperación reales; para que América Latina pueda tener voz y personería en el concierto mundial; y porque esta voz nuestra —la de América Latina— será siempre un llamado y una influencia al servicio de la paz.

En esta histórica tarea, todos los pueblos de América, todos los hombres de América, tienen una palabra que decir.

Somos iguales y somos distintos en la maravillosa variedad de nuestra geografía física y humana.

De cada una de nuestras naciones, están surgiendo experiencias de extraordinario valor. ¡Que todas crezcan en el amplio campo de la libertad en nuestra América!

En Chile, nosotros, porque la abrumadora mayoría de nuestra nación así lo quiso, estamos realizando lo que hemos llamado una "Revolución en Libertad", que es el camino que hemos escogido de acuerdo con lo que somos y con lo que queremos ser.

Otros buscan iguales objetivos de acuerdo a sus propias expresiones nacionales, pero hay algo que nos une a todos: condenamos el odio y la violencia.

No queremos vivir en una sociedad monolítica, en que haya un solo jefe, un solo partido, una sola prensa, una sola idea.

Queremos, por el contrario, una sociedad humanista y plural en que cada hombre tenga libertad para amar y servir a Dios según su conciencia y en el templo que escoja.

Queremos una sociedad libre para escribir y opinar, para reunirse y organizarse, para luchar por sus ideas y poder defenderlas. Queremos que nuestros pueblos vivan libres sin otra norma que la ley, y para que sean los Tribunales de Justicia, con independencia, los que puedan juzgar sus trasgresiones.

No queremos para nuestros pueblos ni el temor ni el matonaje.

Sabemos que esta tarea es muy dura, porque por desgracia las transformaciones en libertad, las revoluciones pacíficas, son mucho más difíciles —y es necesario que los pueblos lo comprendan— que las revoluciones violentas. Por una paradoja extraña, amigos de América que nos escuchan, muchos hombres están dispuestos y preparados para morir en las barricadas, pero carecen de la constancia necesaria para emprender tareas que requieren trabajo y tiempo, si han de ser útiles. Y es curioso, esos pueblos que a veces soportan silenciosos los vejámenes y los fracasos de las dictaduras, en cambio se tornan impacientes y agresivos para juzgar la acción de gobiernos que ellos mismos eligen y cuya acción hacen imposible por falta de una mínima buena voluntad, comprensión y disciplina libremente consentida.

Debemos aprender a movilizar el entusiasmo de los pueblos para la construcción de una sociedad libre, fundada más en la razón que en la fuerza, para despertar el sentido de la comunidad, para construir, no para destruir.

Por eso esta tarea no es la tarea sólo de los gobernantes o de los políticos.

Es la tarea de ustedes, es la tarea de los artistas, de los escritores, de los maestros en las escuelas y en las universidades, de los dirigentes sindicales, del hombre de empresa, que crea trabajo, de la mujer, de los pobladores, de los campesinos, de los trabajadores. Y esta tarea es, por encima de todo, una tarea de juventud.

¿Qué somos los gobernantes si no tenemos el respaldo activo del pueblo? No nos elijan para dejarnos solos. Elíjannos para acompañarnos en la construcción de nuestros países.

Nada de esto que yo he dicho esta tarde aquí es nuevo.

Por generaciones ha sido el pensamiento expresado con brillo y profundidad

en los parlamentos, en los gobiernos, en las universidades y en el sentimiento profundo de los pueblos, pero no sé qué extraña incapacidad nos ha detenido hasta ahora.

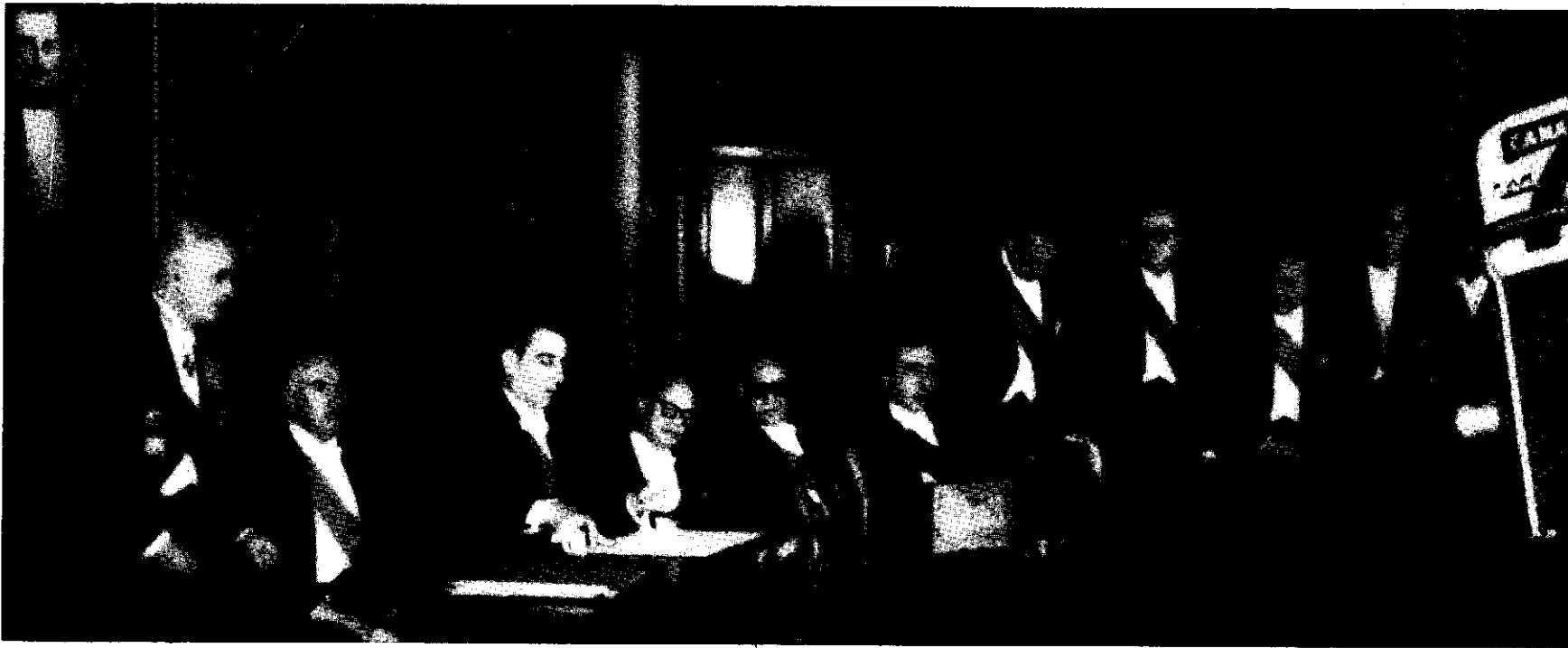
Hoy, aquí en Bogotá, intentamos dar una respuesta y romper estas barreras oscuras, inasibles, paralizantes.

Muchos pensarán que éste es un sueño; muchos dejarán oír su voz de escepticismo; muchos seguirán sembrando la desconfianza y el odio; pero aquí, en esta tierra, en esta ciudad, está viva la sombra de un hombre que luchó junto al pueblo por estos ideales y que fue capaz de hazañas que aún nos estremecen cuando las recordamos.

Nuestra obligación es completar su tarea inconclusa. Quizás Dios no quiso que un hombre solo diera cima a todos sus sueños.

Ciento cincuenta años después, nosotros no debemos ser menores en la esperanza ni en la generosidad.

Digamos aquí, cerca de la casa que él habitó, digámoslo de nuevo, que vamos a intentar, con todo el coraje de que somos capaces, arar en la tierra y no en el mar.



FIRMA DEL ACTA EN EL PALACIO DE SAN CARLOS DE BOGOTA